

Jesús Aparece a Tomás

Un sermón para después de la Pascua, basado en Juan 20:26-29

Por Rev. A.P.A. DuCloux (sermón 160b)

Lectura Bíblica: Juan 20

Salterio 290:1, 4, 5

202:1, 2, 3

200:3

196:1, 2

Introducción

Queridos amigos, ¿hay algunos esta mañana que, por la gracia de Dios, no sólo han llegado a conocer lo precioso y lo indispensable del Señor Jesucristo, sino que también han aprendido a orar que el Señor les dé la fe para decir: “...yo sé a quién he creído”, y “Mi amado es mío, y yo suya”? (2 Ti. 1:12, Cant. 2:16) Creo que toda persona que realmente busca la salvación desea poder decir esto, y no está satisfecha hasta que haya conseguido aquel consuelo verdadero que es el deseo de su corazón. Esto es el anhelo constante y la oración ferviente al Señor Jesús de los hijos de Dios: “Oh, Señor, revélate a mi alma, y destruye el poder de la corrupción en mi corazón, quitando esa incredulidad que es una deshonra para Ti, para que pueda abrazarte por la fe y conocerte como mi Salvador”. Espero que haya muchos entre nosotros que desean esto, y que verdaderamente puedan llamarle a Jesús la Roca de su salvación.

Hoy estamos reunidos otra vez para considerar la narrativa de la resurrección del Señor Jesús, y quisiera hablar acerca de la aparición de Jesús a Tomás. Esta historia es de mucha importancia. Fue la sexta vez que el Señor apareció después de resucitar. Como ustedes saben, todo el mundo conoce al discípulo a quien apareció Jesús aquella vez como “Tomás el incrédulo”. Se habla mucho de su incredulidad; sin embargo, muchas veces la gente religiosa no se da cuenta de que si Jesús no se ha revelado a ellos personalmente, van a perderse por causa de su propia incredulidad, a pesar de todo lo que supuestamente creen. Ojalá que todos los que condenan a Tomás, sin pensar en su propio estado, llegaran a ser como Tomás en cuanto al amor que él demostró al Señor. Si tan sólo conocieran su propia incredulidad, hubiera la posibilidad de ser salvo por el Señor Jesús; sin embargo, ¡cuántos mueren en sus pecados porque no creen en Él! No hay siquiera un hombre que puede creer de verdad por su propia naturaleza, a pesar de lo que confiese con la boca. Por naturaleza todos somos muertos en pecado, y si estamos conformados al mundo y contentos en el mundo del pecado, “...no hay parecer en él, ni hermosura” en Jesús, y no nos damos cuenta de nuestra necesidad de conocer el Príncipe de la Vida como nuestro Salvador.

Espero que el mensaje de hoy sea para el consuelo y la confirmación de la fe de muchos, o por lo menos para siquiera un solo “Tomás” incrédulo entre nosotros, y que el Príncipe de la Vida que ha

resucitado se revele a todos los que son como Tomás, que ni pueden y ni se atreven a creer. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Juan 20, los versículos 26 hasta 29: *“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”*. Vamos a considerar:

- 1. La aparición de Jesús a Tomás;**
- 2. El efecto que tenía a Tomás esta aparición de Jesús; y**
- 3. La respuesta que Jesús dio a Tomás.**

PRIMER PENSAMIENTO

Querida congregación, la primera noche después de que Jesús había resucitado, Él apareció a Sus discípulos. Durante aquel día ellos habían escuchado mucho, y estaban juntos esa noche para conversar acerca de ello. Pedro, las mujeres, y los viajeros a Emaús les habían contado que la tumba estaba vacía, que Jesús había resucitado, y que Lo habían visto. Mientras tanto, la mayoría de ellos dudaban; no podían creer lo que tanto deseaban, y seguramente decían entre sí: *“Oh, ¡que también aparezca a nosotros!”*

Por miedo de los judíos los discípulos habían cerrado las puertas, y mientras estaban ahí reunidos, el Señor Jesús apareció inesperadamente en medio de ellos. Lo vieron ahí, su Maestro precioso por Quién habían lamentado tanto. Él les dijo: *“Paz a vosotros”*, pero los discípulos estaban *“...espantados y atemorizados, pensando que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”* (Lc. 24:37-39). No es de maravillarse, pues, que ahora leemos que *“...los discípulos se regocijaron viendo al Señor”*.

Cuando Jesús apareció así a Sus discípulos, uno de ellos no estaba presente: Tomás, también llamado Dídimo, porque que era gemelo. Igual que los demás discípulos, Tomás había sido llamado por el Señor, y él había dejado todo para seguirle. Sabemos de los Evangelios que Tomás había estado unido al Señor con los lazos íntimos del amor. Por ejemplo, cuando Jesús habló con Sus discípulos acerca de Sus sufrimientos que había que padecer, fue Tomás que había dicho: *“Vamos también nosotros, para que muramos con él”* (Jn. 11:16). Luego, cuando Jesús habló acerca de Su partida, también fue Tomás que había dicho: *“Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”* (Jn. 14:5).

Ahora bien, cuando Jesús ya había ido por el camino de la muerte, y cuando Tomás había perdido la esperanza de verlo de nuevo, y cuando él no podía creer que Jesús había resucitado, él estaba muy desanimado. Ya que tenía un temperamento melancólico, Tomás evitó a los otros discípulos para poder

derramar sus lágrimas a solas ante el Señor. Sin embargo, no pudo quedarse mucho tiempo sin el compañerismo de los otros discípulos. Como él también escuchó lo que algunos de ellos habían visto fue demasiado para que él se quedara solo, y las noticias de que habían visto a Cristo lo atrajo a la compañía de los discípulos de nuevo. Ahora, cuando él escuchó de ellos que no sólo habían visto a Jesús, sino que también habían hablado con él, y que incluso Jesús había comido y bebido en presencia de ellos, Tomás sólo puede decirles: “*Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré*” (v. 25). Así que Tomás no puede creerlo a menos que él vea los que habían visto los demás discípulos. Lo más grave de la incredulidad de Tomás era que él puso “condiciones” para el Señor, diciendo que no creería si no viera estas señales.

Entiendan bien, queridos amigos, que no justificamos a Tomás por su incredulidad, ni tampoco podemos, porque la incredulidad siempre es y será un gran pecado. Por causa de la incredulidad el mundo va a la perdición, y aun el pueblo de Dios experimenta su tristeza más profunda por causa de su incredulidad, la cual deshonra a Dios, estorba su mente y cierra su corazón para el consuelo divino de la Palabra de Dios. Por la incredulidad, los hijos de Dios entristecen al Espíritu Santo, no haciendo caso a lo que Dios les exhorta en 1 Tesalonicenses 5:19: “*No apaguéis al Espíritu*”.

Sin embargo, justamente esta incredulidad de Tomás es evidencia contundente de que un hijo de Dios no puede creer en sí mismo; no puede aceptar nada a menos que sea dado por el Señor. Solamente la fe, dada por Dios, es lo que muestra al hijo de Dios la incredulidad que vive en su corazón por naturaleza. El pecador quien ha sido convencido por el Espíritu Santo de pecado, de justicia y de juicio también ha llegado a conocer su corazón, que es tan pecaminoso, corrupto, engañoso e inicuo. Aunque tal pecador desea ser fiel ante Dios, él no puede ni se atreve a confiar en sí mismo, ni mucho menos a otros, por más que sean personas muy piadosas. La fe es y siempre será un don de Dios. La incredulidad es y siempre será la propia culpa y pecado del hijo de Dios, porque es por causa de su caída tan profunda, en la cual el hombre quería decir que Dios era mentiroso. El hombre ha llegado a ser tan débil e impotente por causa del pecado, de modo que a pesar de ser hijo de Dios por medio de la regeneración, él nunca puede dar la fe a sí mismo. Tampoco el hijo de Dios puede recibir consuelo de la fe de otros; es algo personal. Oh queridos amigos, si Jesús no hubiera orado que la fe de Su pueblo no faltara (Lc. 22:32), ellos perecerían para siempre, pues su corazón es tan insensato y tardo para creer (Lc. 24:25). El hijo de Dios tiene que preguntar con el Salmista: “*¿Quién podrá entender sus propios errores?*” (Salmos 19:12)

¿Quién entre nosotros se atrevería a echar la primera piedra a Tomás el incrédulo? Ciertamente nadie que tiene la fe salvadora lo haría, pues él que conoce su propio corazón incrédulo se da cuenta de las miles de veces, aún después de su conversión, que él también quería ver, quería “tocar”, así poniendo muchas condiciones al Señor antes de creer. El hijo de Dios, quien por causa de su incredulidad pecaminosa se ha avergonzado muchas veces ante Dios, y quien aprende por la experiencia diaria que

cuando el Señor no le da la luz del Espíritu Santo, él no puede ni se atreve a creer, sería el que menos echa piedras a Tomás por su incredulidad. Ni mucho menos, pues el verdadero hijo de Dios conoce algo de sí mismo, con todas sus tentaciones y las luchas con el diablo. Satanás le enseña su vida y su comportamiento y le pregunta: “¿Acaso eso va junto con la gracia? No te engañes. Si tú fueras hijo de Dios no estarías tan indiferente. Tú no vives como un verdadero hijo de Dios, pues tú no has experimentado lo que éste o aquello ha recibido de Dios”. Oh hijos de Dios entre nosotros, ¿no es cierto que cuando no tenemos las armas espirituales para luchar contra el diablo, muchas veces no podemos hacer más que estar de acuerdo con él? Oh, podemos ser muy desanimados, y llegamos a ser como Tomás, tan envueltos en las tinieblas de modo que, por más que quisiéramos ser diferentes, no podemos creer. Es más, si nuestra alma llega a estar en tal condición, aun si nos llegaran muchos amigos con buenas noticias, seríamos como Tomás y diríamos que a menos que lo viéramos y tocáramos, no lo podremos creer.

Sin embargo, hay una cosa destacable de Tomás, y es algo que habrá con todo hijo de Dios. Puede ser que dejen la comunión de los santos por un tiempo; no obstante, no pueden vivir sin ellos y siempre volverán a buscar la compañía del pueblo de Dios, por más tristes que estén. Aunque puede ser que sientan como si corazón estuviera cerrado, siempre sentirán un lazo de amor por el pueblo de Dios y querrán asociarse con ellos. Si bien se dan cuenta que el pueblo de Dios no les puede sacar de sus angustias, aún así ese pueblo es *su* pueblo. El Señor Jesucristo nos ha dicho: “*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos*” (Mt. 18:20). Esto se confirma en el caso de Tomás. Otra vez él buscó a los otros discípulos, y en la octava noche después de la resurrección de Jesús, estaban juntos otra vez. Quizás los discípulos hubieran escogido esa noche porque una semana antes el Señor les había aparecido. Oh amigos, los lugares donde el Señor aparece a Su pueblo llegan a ser un “Bet-el” para ellos (Gn. 35:15). Con anhelo el pueblo de Dios busca esos lugares de nuevo.

Sea lo que fuere el motivo, los once discípulos estaban juntos en aquella noche. Otra vez, por miedo de los judíos, las puertas estaban cerradas. Ya habían experimentado que para el Señor una puerta cerrada no era ningún impedimento. Mientras conversaban juntos y le decían a Tomás lo que él no podía creer, he aquí Jesús apareció en medio de ellos con las mismas palabras preciosas: “*Paz a vosotros*”. Esta vez Tomás lo ve y lo escucha. Es más, el Señor Jesús se dirige a Tomás y le dice: “*Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métala en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente*”.

¡Que prueba más fuerte y poderosa de la Omnisciencia Divina de Jesús! ¡Él sabe todo! Nos queda incomprensible que aún existen los que afirman que Jesús no es Dios, pero eso es la condición del hombre natural. El que no haya conocido a sí mismo como pecador tampoco ve la hermosura de Dios, ni se impacta por las palabras, hechos y revelaciones de Jesús por las cuales Él se muestra como Dios.

No creo que en ese momento Tomás haya querido mirar las manos de Jesús ni meter su mano en Su costado. No, ya no dudaba; su alma ya había sido libertada. Vio ante él a Jesús, Quien era su Todo y Su Único. Ya pudo hablar otra vez con el Amigo inolvidable de su alma. El corazón de Tomás ya se humilló y se hizo tierno. Cayó antes los pies de Jesús, y las únicas palabras que pudo responder fueron: “*¡Señor mío, y Dios mío!*” En nuestro segundo pensamiento vamos a considerar este efecto en Tomás.

SEGUNDO PENSAMIENTO

“*¡Señor mío, y Dios mío!*” Qué gloriosa confesión de este Tomás incrédulo. Son pocas palabras pero significan mucho. Por la gracia irresistible de Dios, Satanás tiene que soltar a su preso, y otra vez Jesús lo puede llamar Suyo. Cuando ocurre esto con Tomás y con todos los hijos de Dios, no queda más que sentimientos de indignidad y culpa por su parte. Entonces el alma convencida sólo puede exclamar con Tomás: “*¡Señor mío, y Dios mío!*”

No vamos a hablar mucho acerca de los enemigos de Cristo, quienes afirman que Tomás dijo estas palabras como una exclamación de alegría. Estos enemigos de Dios se olvidan de que los judíos sobrepasan a los cristianos en este aspecto: jamás toman el nombre de Jehová ligeramente. ¿Cómo pueden afirmar que este discípulo de Jesús, que amaba y reverenciaba tanto a Jesús, hubiera dicho esta expresión como si fuera una maldición? Al contrario; con sus ojos abiertos e iluminados por el Espíritu Santo, Tomás vio en Jesús a Emanuel, el Dios del Pacto, Él que había sido crucificado, muerto y sepultado y hecho pecado por Su pueblo, pero también Que había sido resucitado por la justificación de Su pueblo. Tomás ya pudo creer completamente lo que antes no había creído. Con sus palabras, Tomás rindió honor y adoración a Jesús. Su incredulidad había desaparecido como la niebla desaparece ante el sol. Ya declaró su fe en Él: “*¡Señor mío, y Dios mío!*”, y se dio cuenta de que se necesita una eternidad para adorar a Su Señor y Su Dios por los beneficios dado a uno que era tan indigno en sí mismo.

“*¡Señor mío!*” La palabra para Señor aquí es lo mismo que “Jehová”, el Nombre que Dios Le ha dado a Sí Mismo. Así que Tomás, iluminado por el Espíritu Santo, creó y reconoció la coexistencia perfecta de Jesús con Dios Padre. Tomás vio a Jesús como nadie más Lo había visto, como el Señor a Quien se había dado todo poder en el cielo y la tierra. El alma de Tomás disfrutó de algo que todo el pueblo de Dios conocerá y disfrutará en el cielo.

¡Cuán infinitamente importante es aquella pequeña palabra “mío”! Es imposible usar esa palabra como lo hizo Tomás a menos que el Señor Mismo se revele a nuestra alma, haciendo lugar para Sí Mismo. Cuando eso sucede, las montañas de incredulidad desaparecen, y se caen las barreras de decepción que nosotros habíamos levantado. Entonces se hace fácil creer aun lo increíble. En aquel momento la sabiduría de Jesús se hace nuestra; nos es hecho “*sabiduría, justificación, santificación y*

redención” (1 Co. 1:30), y el alma se rinde a Jesús para siempre. Ya el hijo de Dios no pone condiciones como antes; por la fe el alma dice: “Señor mío, haz conmigo según Tu voluntad”.

Tomás también dijo: “*Dios mío*” al Señor Jesucristo. Hasta ese momento ninguno de los apóstoles había confesado que el Señor Jesús era Dios. Antes de que Jesús se había revelado a Tomás, él había sido el más incrédulo de todos, pero ya él se convirtió en el más creyente de todos. Jesús había dicho acerca del Espíritu Santo: “*Él me glorificará; porque tomará del mío, y os lo hará saber*” (Jn. 16:14). Ahora, iluminado por el Espíritu Santo y por el ojo de la fe, Tomás vio a Jesús como verdadero hombre y también como verdadero Dios con todos los atributos divinos. Por lo tanto Jesús podía decir: “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn. 14:9), y así pasó con Tomás.

Además, Tomás añadió la palabra “mío” otra vez. No sólo confesó que Jesús era Dios, sino que era *su* Dios. Como tal, Tomás decía: “Tú, Jesús, te has revelado a mí. Antes era ciego, pero ahora veo; antes no creía, pero ahora creo”. El alma de Tomás no sólo magnificó al Señor, sino que también se regocijó en Dios, su Salvador. Por la fe, Tomás entregó su corazón a Jesús. Como Dios, Jesús ya era su Refugio, su Fortaleza y su Fuerza. En esos momentos Tomás no temía nada o nadie. Para él, Jesús ya era su salvación completa, *su* Dios. Para Tomás, todas las cosas ya son posibles, y nada le separará de Jesús. No hay palabras para expresar el gozo que experimentó Tomás y el privilegio que tenía él al confesarlo: “*¡Señor mío y Dios mío!*” Su alma se gozó de la paz y la consolación celestial. Estas son las bendiciones de aquellos que aprenden en este cuerpo de muerte lo que algún día será experimentado para siempre, cuando de la manera más perfecta Jesús será alabado y glorificado como Señor y Dios.

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento vamos a considerar **la respuesta que Jesús le dio a Tomás**. Jesús le dijo: “*Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron*”. Esta fue la respuesta que Jesús le dio a Tomás al escuchar su confesión de fe. El Gran y Único Sumo Sacerdote de Su pueblo sabía tener compasión con sus debilidades, pero había ligeramente reprendido a Tomás al decir: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. Ya habla acerca del futuro, cuando habrá aquellos que dudan como Tomás, sin la posibilidad de ver a Jesús en persona; ¡bienaventurados serán aquellos que creen sin ver! Jesús sabía que por naturaleza el corazón del hombre no cree; Él sabía que en su estado natural, el hombre no salvo puede “creer” fácilmente, mientras el creyente desanimado no puede creer en sí mismo. Jesús sabía que el pobre pecador, por más ortodoxa que sea en su conocimiento y en su confesión, pone muchas condiciones y obstáculos en sí mismo, en cambio de creer que la fe es don de Dios y se recibe por la gracia libre.

Ahora bien, fue con tales personas que por naturaleza ofrecen tanta oposición a la gracia libre que Jesús pronunció estas palabras. Dijo estas palabras como una fuente de ánimo para aquellas personas que ya no pueden vivir sin Jesús, y andan tristemente en este mundo porque no pueden ni se atreven a creer.

Tomás creyó al ver a Jesús. Sin embargo, el opuesto será el caso para los hijos de Dios, conocidos por Él desde la eternidad. Primeramente creerán, y luego Lo verán. El caso de Tomás fue una excepción a esta “norma” del Reino de Dios: creer y luego ver. La base de nuestra fe no se encuentra en nuestros sentimientos, sino en la Palabra de Dios, infalible e inspirada por el Espíritu Santo. Queridos amigos, hablando como humanos, sería mucho más “fácil” creer si viéramos con nuestros ojos y tocáramos con nuestras manos. Sin embargo, si fuera así, ¿qué pasaría de la lucha espiritual, la cual se tiene que conocer para entrar en el Reino de Dios? Si fuera así, que viéramos con nuestros ojos, ¿acaso sería verdad lo que dice la Palabra de Señor, que *“el justo con dificultad se salva”*? (1 Pe. 4:18) ¿Acaso no dicen las Escrituras que *“Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleve a la vida, y pocos son los que la hallan”*? (Mt. 7:14) Por eso, amigos, el pueblo de Dios tiene que buscar al Señor Jesús con mucha tribulación y aflicciones. El pecador tiene que morir para sí, aprendiendo lo que dice la Biblia: *“para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”* (2 Co. 5:15). Llega el momento en la vida del pecador cuando pierde todo de sí mismo, de modo que ya no quiere ver ni tocar, ya no presenta “condiciones” al Señor, sino que sólo quiere creer. En tal condición el pecador recibe la fe salvador: no viendo, sino como uno que es ciego ante Dios. Como el ciego guiado por el Espíritu Santo, sólo tiene que seguir. Entonces la fe llega a ser un don precioso, y el pecador se hace alegre de que no se tenga que añadir nada de sí mismo.

Oh amigos míos, el que recibe esta fe es muy bendecido, pues aunque no haya visto con los ojos ni tocado con las manos, el recibe todo como don de Dios. Para el hijo de Dios, los momentos más bendecidos en su vida son aquellos tiempos de vez en cuando, gracias a la fe dada por Dios, puede creer que Jesús es su Señor y su Dios. Este pecador vive con una bendita esperanza y fe, la cual tiene como fundamento la infalible Palabra de Dios. Dios nunca cambiará Su Palabra, sino que recordará Su Pacto para siempre. Oh, bendito es aquel que, a pesar de no ver, por la fe puede creer y decir con Job: *“Yo sé que mi Redentor vive”* (Job 19:25).

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a **cantar del Salterio 200:3**.

APLICACIÓN

Queridos amigos, el Señor nos dice en Su Palabra que Su pueblo se le ofrecerá voluntariamente en el día de Su poder (Sal. 110:3). Oh, que el Señor nos obre en nosotros, para que todos podamos hacer confesión de fe con Tomás a los pies de Jesús, diciendo: *“¡Señor mío, y Dios mío!”*

Sin embargo, ¡cuántos hay entre nosotros que todavía quieren ser sus propios maestros, y quienes no se han arrodillado ante ningún Dios aparte del dios de este mundo! ¡Cuántos otros hay que “creen” en Jesús de su propia manera, o así se imaginan! Quizás incluso hay algunos que están presente hoy que condenarían a Tomás el incrédulo porque quería ver y tocar; pero esa misma gente ni siquiera han pensado una vez en su estado miserable y perdido que es justamente por causa de *su* incredulidad. Amigo mío, ¿no te das cuenta de que al juzgar a Tomás por ser incrédulo estás juzgando a ti mismo? *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”* (Jn. 3:36).

Ustedes que profesan conocer a Cristo y dicen que son creyentes, ¿no es verdad que su vida está con las cosas de este mundo? Oh amigos míos, hasta que sean verdaderamente convertidos, su profesión “cristiana” no es más que algo de palabras. No conocen lo que significa *“Esforzaos a entrar por la puerta angosta”* (Lc. 13:24). Si no experimentan la conversión verdadera, lo único que les espera son las palabras de Jesús en el Día de Juicio: *“Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”* (Mt. 7:23). Con toda su fe imaginaria, al final perecerán para siempre. Por lo tanto les exhorto con amor que se examinen para ver si no están todavía muertos en sus pecados e iniquidades. Oh, Dios castigará con fuego a todos los que no Lo conocen y no han obedecido el Evangelio de Su Hijo, y así será el caso de ustedes si permanecen como están ahora. Que Dios rompa su corazón, y que sean abiertos sus ojos ciegos para ver lo que necesitan para ser salvos. Todo el que no haya aprendido la oración del publicano, *“Ten misericordia de mí, pecador”*, se encontrará algún día con el Juez que les dirá: *“Apartaos de mí”*. Que la oración de David llegue a ser su oración: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Sal. 51:17). Jesús está muy dispuesto a revelarse a tales personas, aunque sean enemigos y malos como son ustedes. Oh, *“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto está cercano”* (Is. 55.6). Quisiera advertirles a todos: que nadie sea satisfecho con una fe “robada” e imaginaria. Nuestro corazón corrompido nos puede engañar tan fácilmente, convenciéndonos que somos creyentes, especialmente si externamente nos agrada la verdad del Evangelio y sentimos una afinidad para el pueblo de Dios. Será terrible pensar que entrarán en el Reino de Dios y al final no poder entrar.

Amigo mío, si dices que Jesús ya se ha hecho tu Señor, ¿te has rendido completamente a Él? ¿Te ha condenado a ti mismo antes Dios por tu corazón tan malo e incrédulo? ¿Has llegado a ser culpable ante Dios? Oh amigo, si puedes creer cuando quieras, y si tu fe nunca te ha fallado, te puedo decir sinceramente que no conoces la lucha verdadera que se tiene que luchar para entrar en la vida eterna. El estar muy cerca al Reino de Dios no es suficiente, querido amigo. La conversión verdadera consiste en la muerte del hombre viejo y la resurrección del hombre nuevo. Tienes que rendirte a Jesús sin ningunas condiciones. Esto no es algo que sucede sin conflicto y sin el conocimiento de tu propia incredulidad, con la cual deshonra a Dios. Oh, ora que el Señor te dé la luz y la gracia del Espíritu Santo.

Quisiera dirigir unas palabras a los “pequeños” de la fe. Tal vez no tienen esa certeza de la fe por la cual puedan decir: “Señor mío, y Dios mío”. Sin embargo, se espera que tengan la esencia de la fe, aquella fe que toma refugio en el Señor, y aquella fe salvadora que tiene su fundamento en la Palabra de Dios.

Oh hijito pequeño en la fe, seguramente en cambio de condenar a Tomás, tú has visto tu propio caso en él, ¿no es cierto? Tú también has querido ver y tocar, poniendo muchas condiciones ante el Señor. Tal vez piensas que debes sentir más culpa por tus pecados, o quizás piensas que tienes que orar con más fervor, o tal vez piensas que todavía no has experimentado lo que éste o aquel hijo de Dios ha recibido. Oh, tus objeciones son mucha, y se pueden resumir con las palabras de Tomás; no creerás hasta que hayas visto y tocado.

Amigo mío, Jesús te dice: “*Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*”. No me entiendas mal; jamás quisiera decirte que creas con tus propias fuerzas, porque sólo Dios te lo puede dar. Sin embargo, ¿será posible que estés mirando desde lejos porque no estás listo a entregarte completamente al Señor? ¿Será porque hay algún pecado que no quieres dejar aún? ¿O será que estás buscando una fundación en ti mismo? Amigo mío, ¿cómo es tu vida diaria? ¿Oras continuamente a Dios, confesando tus pecados? ¿O estás satisfecho con tu propia piedad?

Podría hacerte muchas preguntas más, pero estoy seguro de que entiendes lo que quiero decir: tienes que morir a ti mismo. La vida espiritual es una vida en la cual un hijo de Dios pierde su propia vida y justicia. No importa lo que sean los testimonios de otros acerca de ti, el Espíritu Mismo tiene que ser el Testigo Fiel con tu alma. Si es la obra verdadera del Espíritu en tu corazón, tendrás miedo de engañarte a ti mismo, porque has llegado a conocer tu propio corazón engañoso. El que ha recibido la salvación de Dios desea ser llevado a donde fue llevado Tomás, para poder decir con él: “Señor mío, y Dios mío”. Esa persona llega a conocer la lucha, porque sin la lucha no hay ninguna victoria. Y esa persona aprende que no hay cosa que más lo impida que su propia incredulidad.

Tomen ánimo, pequeñitos entre nosotros. No todo se aprende en un día; hay algunos que han estado mirando desde lejos por mucho tiempo. El Señor les dice: “*Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré*” (Is. 54:11). A veces el Señor les habla inesperadamente estas palabras: “*Paz a vosotros*”. Es Él Mismo que puede abrir la puerta cerrada de tu corazón. Para ustedes, el buscar a Jesús no es una carga; al contrario, es un placer. Como nos dice la palabra de Isaías 45:19: “*No dije a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis*”. Oh, que el Señor les otorgue que algún día puedan decir con Tomás: “Señor mío, y Dios mío”.

Por último, quisiera unas palabras a ustedes entre nosotros que, por la gracia de Dios, a pesar de no ver o tocar, han podido creer. Cuando la Palabra de Dios fue vivificada en su alma por el Espíritu Santo, ya se encontraron con Jesús. Aunque no Lo vieron con sus ojos físicos, Lo han visto con los ojos de la fe.

Él ha llegado a ser precioso para ustedes, y han experimentado Su poder Divino y lo precioso de Su sangre redentora, creyendo que esa sangre les limpiará de todos sus pecados. Fueron comprado con gran precio, y ya pueden decir en verdad: “Señor mío, y Dios mío”. Desde aquel momento toda su vida cambió. Ahora están convencidos de que su deber es glorificar al Señor con cuerpo y alma, pues pertenecen a Él y los han recibido de Él. Esta certeza de la fe les ha enseñado que sea en la vida o en la muerte, pertenecen y pertenecerán para siempre al Señor.

Sin embargo, esa fe verdadera que ustedes poseen también les enseña su propia incredulidad y depravación. Aunque éstas no pueden impedir que su alma entre en el cielo, sí pueden impedir que el cielo entre en su alma aquí abajo. Y esto les hace tomar refugio más y más en el Señor Jesús, Él que ha llegado a ser precioso para ustedes. Por la obra del Espíritu Santo seguirán aprendiendo más y más de sí mismo, pero también eso les dará la fe en acción para con su Señor y Su Dios, y experimentarán que es buenísimo estar con Él y conocer Su comunión.

Oh queridos amigos, si esto es algo inexpresablemente bendito aquí en el mundo, ¡cómo será cuando al final vayan a poder ver a su Jesús y vivir con Él para siempre! Verdaderamente ustedes, hijos de Dios, experimentarán que aunque es una bendición creer en Él sin verlo aquí en este mundo, esa salvación por la cual podrán verlo al final es una bendición infinitamente más grande. Ya no sólo creerán en Él, sino que verán a Jesús y Le rendirán toda alabanza, honor, adoración y gratitud para siempre. Amén.